

Llaman a mi ventana

Nestor Aparicio

Llaman a mi ventana.



Por Nestor Aparicio

Capítulo 1

Esta situación me va a volver loca, ya no soporto más a estos niños. Frecuentemente cuando le hacemos un favor a alguien, esa persona tiende a abusar de tus buenas intenciones, y si no la detienes a tiempo, la acostumbras a pedirte favores a cada rato, y si por algún motivo te niegas a hacerlo, acaba molestándose contigo. Esto es precisamente algo que me viene sucediendo desde hace días.

Llevo casi un año viviendo sola, me fui de casa de mis padres para poder ir a una universidad ubicada en otro estado del país, donde podía estudiar psicología, ya que en las universidades de mi ciudad no daban dicha carrera, al principio mis papás, en especial mi madre se negaba a que me fuera, pero al final, luego de discutirlo, llegamos a un acuerdo: me iría, pero tendría que alojarme en casa de unos tíos hasta que consiguiera trabajo y pudiese alquilar una habitación.

Así lo hice, y las cosas salieron mejor de lo que esperaba, conseguí un trabajo a medio tiempo por las noches en un restaurant y pude alquilar a un precio muy económico.

El lugar donde resido, está ubicado en una zona algo insegura de la ciudad, es por eso que me lo rentan barato, pero esto no me supone un gran problema porque ya los vecinos me conocen y además el sitio es realmente cómodo, ya que el espacio no es tan reducido y tengo todo lo que necesito: una salita de estar, una cocina que da directamente hacia una habitación donde duermo y un pequeño cuarto de baño dentro de él. En la cocina, frente al mesón y el fregadero, tengo una gran ventana de casi dos metros de ancho y un metro con cincuenta de alto, desde ella puedo contemplar la parte trasera de mi residencia a la perfección, donde se puede ver una cancha de fútbol y más adelante está un colegio de primaria. Usualmente por las tardes, cuando no tenía nada que hacer, me subía al mesón y de allí trepaba hacia la ventana donde me sentaba en el alféizar a pasar el rato leyendo o simplemente quedándome allí relajada viendo a la gente jugar en la cancha.

Era normal que los viernes a eso de las 02:00pm los chicos de la escuelita al salir de clases fuesen allí a jugar y se fueran hasta pasadas muchas horas.

Una de esas tardes como a las 5:20pm me senté en la ventana a escuchar música en mi teléfono y pude ver a seis colegiales que se habían quedado a jugar fútbol en la cancha, sus camisas de la escuela, que se suponía debían ser blancas estaban casi totalmente negras de la suciedad, por sus aspectos calculé que tenían entre diez a doce años. Uno de ellos, un chico delgado y pelirrojo se percató que yo los veía y enseguida le informó disimuladamente a sus compañeros. Estos empezaron a jugar apasionadamente, haciendo gala de sus mejores trucos con el balón. No pasó mucho tiempo cuando el cansancio los venció. El chico pelirrojo, alzó la vista hacia donde yo estaba y me pidió que les diera agua porque vivían un poco lejos y la necesitaban para aguantar el camino de regreso a sus

casas.- Decía sonriente:

-Nos la merecemos por nuestro rendimiento en la cancha.-Yo me reí y fui a llenar con agua fría un envase de jugo que me había acabado la noche pasada. Cerré con fuerza la tapa y lo dejé caer desde mi ventana. El chico pelirrojo la atrapó antes de que cayera al suelo y la compartió con sus amigos, luego me agradecieron y se fueron.

Las primeras cuatro veces que me pidieron agua lo hicieron cuando me vieron sentada en la ventana. Y yo nunca me negaba pero lo hacía a regañadientes, "¿Porqué me piden sólo a mi?" "¿Porque coño no se van para sus casas?" me decía. Pero nunca les dije lo que pensaba, además, era solo agua, no me costaba nada darles. Pero me cansé y resolví en dejar de sentarme en la ventana (mi lugar favorito) cuando los chicos estuvieran jugando para que no me vieran y empezaran con su fastidio. Y efectivamente, ese plan funcionó. Pero no por mucho tiempo.

Dos semanas después pasó algo, y los chicos volvieron a llamarme, desde ese momento ya no importa que no me vean asomada por la ventana, simplemente siempre saben cuando estoy en casa y ahora vienen cada noche a tocar a mi ventana. Yo a veces les grito y les suplico que se vallan, pero parece como sino me escucharan.

Todo empezó una noche cuando regresaba de mi trabajo, me enteré por boca de los vecinos que ese día habían matado a tres niños en la cancha de fútbol, al día siguiente reconocí sus caras en el periódico local: "Tres menores de edad murieron víctimas de balas perdidas la tarde de este viernes, mientras jugaban fútbol con sus compañeros del colegio "Cristóbal Mendoza" en la cancha "Los lobos" ubicada en el sector "Humboldt", en medio de un enfrentamiento entre la Policía y las bandas criminales de la zona, Marcos Villarroel de 12 años , Francisco Ortega de 12 años y Jose Colmenares de 11 años, los tres murieron en el acto cuando..."

El chico pelirrojo se llamaba Marcos. Y a pesar de que no compartía vínculo alguno con ellos (salvo por las veces en que les daba agua), los días siguientes fui víctima de una honda tristeza que se clavaba en mi pecho, la noticia me afectó de tal manera que incluso evitaba ver hacia la ventana pues una sola vista directa hacia ella me hacía pensar en los chicos. Aunque por las noches, he de admitirlo, el sentimiento de aflicción que me acompañaba por las mañanas cambiaba, y se tornaba en una especie de pavor hacia la gran ventana de la cocina. Pues sentía como si alguien estuviese vigilando cada uno de mis pasos.

Intenté tranquilizarme y dejar de pensar en ello, pero una de esas noches en que no podía dormir, me levanté de mi cama a buscar un vaso de agua en la cocina, eran las 11pm, todas las demás luces estaban apagadas a excepción de la mi cuarto,dejé la puerta abierta para que la luz iluminara un poco más la cocina. Mientras abría el refrigerador, escuché

súbitamente un golpe en la ventana. Sobresaltada, derramé el líquido de el vaso y dirigí la vista hacia el lugar donde provenía el sonido, pero allí no había nada, solo la oscuridad de la noche. Corrí a mi cuarto y traté de convencerme a mí misma que eran las ráfagas de viento que hacían vibrar el cristal, era la única explicación lógica que se me ocurría. Pero en el fondo, muy en el fondo, yo sabía que era lo que de verdad estaba ocurriendo, sólo que me negaba a aceptarlo.

La siguiente noche, cuando apagaba las luces de la casa para irme a acostar, ocurrió lo mismo, pero el golpe en la ventana no se detuvo, al contrario, la intensidad del llamado crecía paulatinamente, como alguien que toca histérico una puerta. Me llené de coraje y fuí a ver que era lo que pasaba y al mirar hacia la ventana pude ver unos pequeños puños que golpeaban el cristal, pegué un fuerte alarido y corrí hacia mi habitación a llorar. "Marcos y sus amigos me están llamando para que les dé de beber".

Otra persona en mi lugar, pensaría que lo que vi en la ventana, fue a un necio que tal vez vagaba a esas horas y quería darme un susto, y que debí de llamar a la policía pero eso es imposible porque yo vivo en un segundo piso de un edificio a unos 6 metros del suelo, y como dije antes, la ventana da hacia la parte trasera de la casa, y allí no hay escaleras u objetos por los que alguien pueda subir.

Creí que si dejaba una botella de agua en el alfeizar de la ventana, para bebieran Marcos, Francisco y José, ellos dejarían de molestarme, pero me equivoqué. Ahora cada noche tengo que hacer lo mismo pues de lo contrario se enfurecen conmigo y no me dejan dormir con golpes, llantos y reclamos desde la ventana, que no cesan hasta pasadas las 3 de la madrugada. Por las mañanas recojo la botella vacía y pienso que soy culpable de lo que me pasa, pues yo los acostumbré a esto, no supe decirles que nó la primera vez que vinieron a visitarme desde que murieron, y ahora no me hacen caso cuando les pido que me dejen en paz.

Marcos y sus dos amigos siguen hasta el día de hoy jugando en la cancha, se pueden quedar hasta muy tarde sin temor a que les pase nada, luego flotan hacía mi ventana y beben de la botella.

Hoy me encuentro de pie viendo fijamente la luz de la luna que penetra por la ventana y proyecta sombras humanas que parecen correr por la cocina, escucho risas de niños y de vez en cuando veo que asoman sus cabezas por la ventana para invitarme a unirme a sus juegos, tal vez como un modo de pagarme por lo que he hecho por ellos todo este tiempo. Estoy muy cansada por el trabajo y tengo que acostarme temprano para poder ir mañana a la universidad, pero ellos me susurran al oído, me dicen que se lo están pasando muy bien y que me una a ellos porque ya es hora de olvidar todos mis problemas. Yo les hago caso y sujeto la gélida mano de Marcos que me conduce hacia la ventana, y me

lanzo desde allí a jugar con ellos.